Miercoles de Ceniza, Ciclo A

MIERCOLES DE CENIZA

Padre Pedrojosé Ynaraja

Seguramente ya sabéis, mis queridos jóvenes lectores, que en la actualidad, nuestra querida Santa Madre Iglesia, está perseguida en muchos lugares del mundo. No se trata generalmente de una asechanza a la institución, el daño se causa a sus miembros de una manera pública o solapada, de tal manera que nunca en la historia, ni en los tiempos de la Roma clásica, había habido tantos mártires como ahora. Esta es la realidad universal, lo cual no quiere decir que en el entorno particular de cada uno de nosotros, exista este agobio. El fenómeno en principio nos entristece. Todo sufrimiento de un hermano nos concierne y sufrimos con él. Toda pretensión de mutilar la vivencia de nuestra Fe, es una desgracia. En segundo lugar, empero, el testimonio, el martirio, es una señal de vitalidad, como la flor de una planta es signo de que está viva. Se asesina y no se acobardan, es la piedra de toque que nos dicta la calidad del cristianismo. Cada uno de nosotros, al tomar una decisión importante, al proyectar el futuro de su vida, al gastar y malgastar, al comprar y exhibir, debe tener en cuenta a nuestros valientes hermanos y obrar solidariamente. Un día en la Eternidad, nos encontraremos con ellos y nuestra conducta histórica no nos debe avergonzar al reconocer su heroicidad.

Aunque no se diera el hecho del martirio tan extendido, os lo vuelvo a repetir, deberíamos ahora detenernos y reflexionar desde otro ángulo. Es preciso llenar de silencio nuestro interior y escuchar la voz de Dios que en el día de hoy nos llega a través de los textos litúrgicos y del rito tradicional de la imposición de la ceniza.

Me detengo un momento en esto último. Recordemos que hace unos años no existían las estufas eléctricas, ni las calefacciones de gasóleo, ni otras cocinas que utilizasen material distinto del que ahora llamamos biomasa, troncos y ramas o hasta paja, por tierras donde yo nací. Consecuencia de ello era que los residuos de la combustión, la ceniza, abundaba y se trataba de darle alguna utilidad. Para lavar la ropa, antes de que existiese el jabón, como componente de fórmulas de decoración de cerámicas, amén de abonar con ella la tierra que se cultivaba. Un hombre que por su trabajo quedaba sucio de ceniza, tenía mal aspecto. El roce de la ropa cenicienta, era un tormento insoportable. La ceniza humillaba. Es el sentido simbólico de la que utilizamos en la ceremonia de hoy.

El contenido de las lecturas podríamos resumirlo en dos conceptos. Exigencia de conversión y de reconciliación. Las dos cosas se nos reclaman para nuestra inmediata preparación y celebración de la Pascua de este año y para la salvación eterna

Se nos pide hacerlo modestamente. No se trata de acudir a campañas, carteles, ni festivales que lo promuevan. Es una labor artesanal que cada uno debe llevar a cabo dentro de sí mismo. Y además con alegría, nada de caras agrias. Nuestra actualidad nos pide a los cristianos más que la autenticidad de nuestra Fe, el testimonio de que los que la tenemos somos felices. En un mundo que sufre la epidemia del desencanto, la carencia de esperanza y la visión borrosa de un futuro que no le entusiasma, el cristiano debe contagiar su alegría. Estando dispuestos en todo momento a afirmar que es consecuencia de nuestra Fe.

Hace unos años, una mujer extraordinaria que se llamaba Chiara Lubich, alegró, cautivo y esperanzó a muchos. Al Papa Juan-Pablo I se le llamó el de la sonrisa y este sencillo gesto fue útil a muchos, pese al poco tiempo que duró su servicio eclesial. Hoy el Papa Francisco es el papa de la simpatía. Sigue con entusiasmo el camino emprendido por los que me refería antes. Claramente uno se da cuenta de que no sale a repartir simpatías, a exhibirse para complacer su vanidad o valerse de su aspecto gozoso para "vender" su mercancía sagrada, como un agente comercial está obligado a hacerlo muchas veces. La cordialidad y ternura del Obispo de Roma actual, está repleta de bondad. Su testimonio y el bien que causa, deben ser acicate para todos nosotros. La simpatía tal vez no podamos tenerla todos, además de en este caso ser virtud, se sustenta sobre un don natural que no todos poseemos. Es suficiente con la amabilidad, con la buena educación, con la gentileza. Desde esta realidad hay que rellenar la vida de generosidad. No os quedéis quietos e inactivos. Si bien nadie puede negar que hay crisis y se puede dar estadísticas de los parados o desempleados, a poco listo que uno sea, se da cuenta de que abundan también los vagos, aquellos que siempre tienen razones muy razonables para demostrar que su no hacer nada útil a los demás, está muy bien justificado.

Cada noche, antes de dormir, debemos descubrir y agradecer el bien que Dios nos ha hecho durante la jornada y examinarnos luego de las buenas obras que con los que nos hemos relacionado y practicado nosotros, como respuesta a la bondad del Señor. Nobleza obliga, decimos y es lo que toca, si queremos ser coherentes.